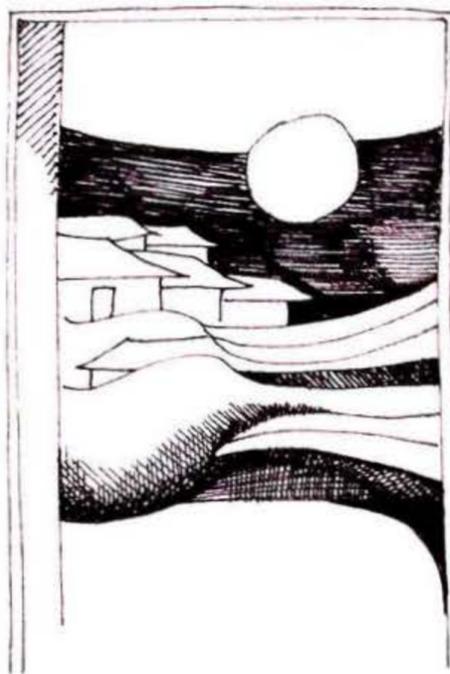


todo, con la agudeza de visión que esta misma convivencia a su lado durante los últimos años le ofreciera, el amigo entrañable y el discípulo, logran unirse en Cobo Borda para presentar esta visión abarcadora, o mejor, totalizante de un artista grande y su obra. En cada una de las partes se evidencia el respetuoso afecto que el hombre suscitara en él y que se fundiría luego en un todo con el admirado y lúcido conocimiento de la obra de este hombre singular. Por ello, con igual independencia de criterio, acorde con su afecto y admiración, Cobo Borda hace claridad sobre aspectos que han sido motivo de controversia respecto de la obra y de Borges mismo, no duda en dar su propia versión sobre el discutido asunto del premio Nobel que le fuera negado a Borges y que, como se dice, fue consecuencia de la visita que éste hiciera al general Pinochet cuando era presidente en Chile, como también por sus confesadas convicciones conservadoras. Sobre esto, anota Cobo Borda: "Soslayan sus contradictores que el premio Nobel se ha otorgado, en varias ocasiones, sólo por razones políticas a escritores de izquierda o a disidentes canonizados por los avatares de la guerra fría y que Borges, miembro de familias patricias argentinas y afiliado al partido conservador por escepticismo, visceralmente antiperonista, repudió la violencia revolucionaria que propugnaban grupos próximos al general Perón como el de los montoneros". Su propia visión de poeta es el mejor instrumento del que se vale el discípulo para hacer brillar la obra del maestro. A su vez, paralela a su afecto y admiración por el maestro, Cobo Borda asume una posición objetiva ante la obra de éste, y lo hace con acierto y agudeza al analizar los aspectos más importantes de la misma. En concordancia con el gigantesco cometido de divulgar la obra borgiana no conocida y de presentar ante el público los aspectos humanos del escritor que muestran su genuina personalidad, *Borges enamorado* constituye, ade-

más, un trabajo riguroso de investigación bibliográfica y documental. El libro fue concebido por Cobo Borda para que sirviera luego de apoyo a futuros investigadores.



Dividido en cuatro partes, dedica cada una de ellas a aspectos del escritor y su obra. En la primera, titulada *Ensayos críticos. Diálogos con Borges*, aparecen textos de diferente índole junto con diálogos sostenidos por Cobo Borda con Borges, conversaciones y transcripciones de otras entrevistas; en la segunda parte, titulada *Rescate y glosa de textos de Borges*, se ofrece un recuento completo (desconocido hasta ahora) de la producción del escritor, marginal a su obra conocida; la tercera parte, *Sobre Borges*, es la menos extensa y está dedicada a transcribir notas y opiniones de otros escritores sobre Borges y su obra; la cuarta parte es una completa bibliografía que da cuenta de los libros que se han escrito sobre Borges y su obra, diálogos y entrevistas, volúmenes colectivos, libros prologados por él mismo, etc. Aparte de todo este material bibliográfico, Cobo Borda incluye algunas fotografías poco conocidas del escritor y su mundo.

Borges enamorado, el título escogido por Cobo Borda para su libro, es un reconocimiento cálido y sincero de un poeta a quien fuera su amigo y maestro. Su rigurosa tarea, en la cual se propuso dar a co-

nocer la obra desconocida de Borges, así como hacer claridad sobre aspectos poco conocidos de éste, es digna de elogio.

ELKIN GÓMEZ

Hacia una historia de la literatura infantil en Colombia

Antología:

Los mejores relatos infantiles

Beatriz Helena Robledo

Biblioteca Familiar Presidencia de la República, Bogotá, 1999, 307 págs.

La historia de la literatura infantil de Colombia está por escribirse. No es de extrañar, si observamos lo que acontece en el panorama de otros países del ámbito latinoamericano.

Con muy contadas excepciones, los historiadores e investigadores literarios de nuestra región han soslayado las letras para niños y jóvenes como objeto de estudio, lo cual se explica en la casi generalizada indiferencia de las universidades por esta serie literaria. Existen, sin embargo, estudios que, con disímiles objetivos, grados de profundidad y de rigor metodológico, revisten especial relevancia y ostentan un carácter fundacional. Tal es el caso, por ejemplo, de obras como *Antología de la literatura infantil ecuatoriana* (1973) de Manuel del Pino; *La literatura infantil venezolana, estudio y bibliografía* (1977) de Efraín Subero; *Un siglo de literatura infantil puertorriqueña* (1979) de Flor Piñeiro de Rivera; *Historia de la literatura infantil chilena* (1982) de Manuel Peña Muñoz; *Panorama de la literatura infantil y juvenil argentina* (1984) de Graciela Rosa Gallelli; *Uruguay: niños y jóvenes, libros y autores* (1990) de Sylvia Puentes de Oyenard, y la más reciente *Antología de la literatura para niños de Guatemala* (1996) de Ethel Batres e Irene Piedra Santa.

Algunos de los títulos enunciados centran su interés en el recuento historiográfico o en el análisis de tendencias y rasgos estilísticos; otros, tienen un carácter más cercano al levantamiento bibliográfico (tan importante en un género que, durante decenios, fue visto como una suerte de Cenicienta) y algunos apuntan a la compilación antológica de los textos de ficción más significativos producidos en el país.



Al escaso conjunto de investigaciones que, desde diferentes perspectivas, dan cuenta de los orígenes y la evolución de la literatura infantil en los países de América Latina, se suma el libro *Antología: Los mejores relatos infantiles*, de la profesora e investigadora literaria manizaleña Beatriz Helena Robledo. Publicada en 1997, como parte de la colección Biblioteca Familiar de la Presidencia de la República, y reeditada en 1999, la obra propone un recorrido por textos que constituyeron hitos en el desarrollo de la narrativa para niños en Colombia, del siglo XVIII a nuestros días.

A diferencia de otras antologías producidas en el continente, que adolecen de la falta de estudios introductorios donde se ubique a los autores y las obras en el contexto histórico y cultural de la nación, en este trabajo de Beatriz Helena Robledo la selección de relatos está precedida de un sustancioso prólo-

go que constituye el —hasta el momento— más riguroso análisis conocido sobre la literatura infantil colombiana¹.

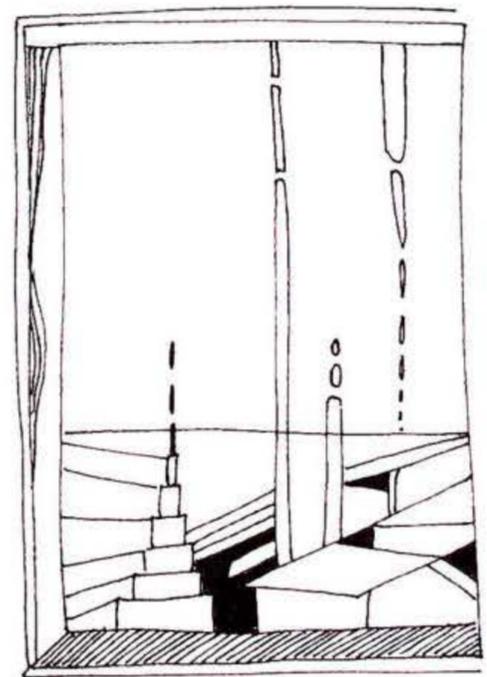
Aunque, como bien indica la autora en su introducción, el hecho de escribir específicamente para los jóvenes lectores con una intención estética es algo propio del siglo XX, los orígenes de esta manifestación literaria hay que buscarlos en la tradición popular: en los mitos, leyendas, cuentos, trabalenguas, retahílas y coplas diseminados por el territorio nacional. Parte de ese valioso acervo ha sido rescatado por folcloristas y escritores como Euclides Jaramillo, Rafael Jaramillo Arango, Leopoldo Berdella de la Espriella y Hugo Niño, de quienes figuran textos representativos en la antología. Otro antecedente de insoslayable importancia lo constituye el quehacer de los escritores costumbristas reunidos alrededor del periódico *El Mosaico*. Cuadros de costumbres de Ricardo Silva, Rafael María Carrasquilla y Tomás Carrasquilla ejemplifican, en la antología, lo que se ha dado en llamar “literatura ganada”; es decir, aquella que, sin ser concebida de manera expresa para los lectores infantiles, éstos hicieron suya por corresponderse con sus expectativas y gustos.

Robledo dedica especial atención a la labor pionera de Rafael Pombo, quien, con libros como *Cuentos pintados*, *Cuentos morales para niños formales* y *Fábulas y verdades*, inaugura en el país el oficio de escritor para niños. Puesto que la antología se propone recopilar relatos, no podían estar ausentes de ella *El gato bandido* y *Mirringa Mirronga*, clásicos del cuento versificado.

Como autores representativos de la primera mitad del siglo XX, aparecen en el volumen textos firmados por Santiago Pérez Triana, Ecco Neli (Cleonice Nannetti), Víctor Eduardo Caro (redactor y editor de la revista *Chanchito*), María Eastman, Amira de la Rosa, José Antonio León Rey, Guillermo Hernández de Alba, Eduardo Caballero Calderón, Lilia Senior de Baena, Oswaldo

Díaz Díaz y Carlos Castro Saavedra, entre otros. Son éstos unos decenios en los que, como se encarga de especificar la antóloga, la producción resulta escasa y dispersa, y literatura, pedagogía y educación moral aún no han delimitado con claridad sus linderos, pero donde ya algunos autores apuestan por la creación literaria dedicada a la infancia como una opción de carácter netamente artístico y cultural.

Con el “boom editorial” que se inicia en la década de los setenta con la convocatoria al premio Enka, aparece un grupo de creadores que insufla vitalidad y aires renovadores a la narrativa colombiana para niños. En su estudio preliminar, Beatriz Helena Robledo comenta brevemente la impronta de algunos de esos autores: Jairo Aníbal Niño, Celso Román, Triunfo Arciniegas, Luis Darío Bernal, para luego detenerse en escritores que, en los años ochenta y noventa, exploran nuevos caminos temáticos y formales con la voluntad de diversificar y actualizar la literatura infantil del país. Es el caso de figuras como Gloria Cecilia Díaz, Irene Vasco, Gonzalo España, Evelio José Rosero Diago, Yolanda Reyes, Ivar Da Coll.



Para concluir su documentada y esclarecedora introducción, Robledo formula los propósitos de la antología, concebida como “un esfuerzo más por conservar vivo y libre ese

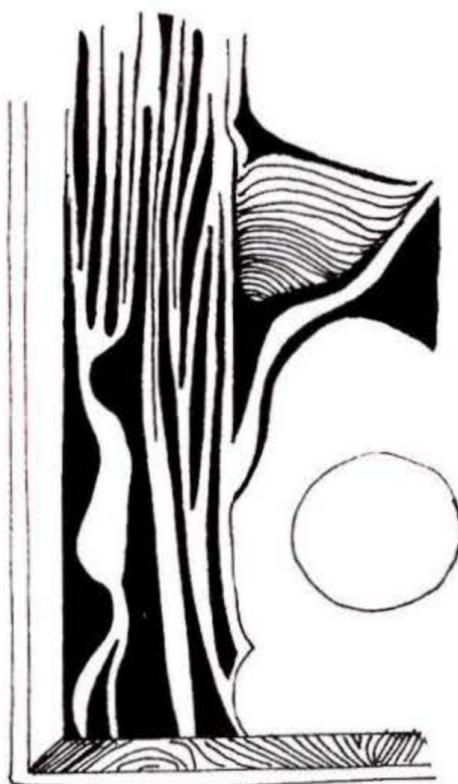
territorio de la infancia y defenderlo de las huestes del olvido y de la mano domesticadora del adulto".

Aunque los méritos de *Antología: Los mejores relatos infantiles* saltan a la vista, no está de más consignarlos. Su autora, en una admirable labor de arqueología literaria, ha esculcado en bibliotecas para desempolvar libros y revistas y rescatar textos no sólo representativos de diferentes estadios de la evolución de las letras para niños en Colombia, sino portadores, en su mayoría, de valores que los hacen atractivos y enriquecedores para los lectores (niños y adultos) de la contemporaneidad. El rompecabezas de esta especialidad literaria en el país estaría lamentablemente incompleto si desconociéramos —como hemos desconocido durante tantos decenios, a causa de la "fiebre del olvido"— piezas tan valiosas como los cuentos escritos por Santiago Pérez Triana, Ecco Neli y Oswaldo Díaz Díaz. Imposible, así mismo, ignorar, una vez conocido, el poético relato *El osito azul*, de Lilia Senior de Baena (evocador, por su fineza y melancolía, de las páginas de Andersen), que sale a la luz, como del sombrero de un mago, para quedarse en el recuerdo. Interesante la posibilidad de hallar coincidencias y analogías entre el humorismo que se pone de relieve en Víctor Eduardo Caro y el que propone Triunfo Arciniegas; entre la aproximación a los temas históricos realizada por Carlos H. Pareja (Simón Latino) y por Jairo Aníbal Niño; entre el tratamiento fantástico de los cuentos de María Eastman y los de Clarisa Ruiz; entre el lirismo de Amira de la Rosa y la vocación poética de los relatos de Leopoldo Berdella de la Espriella o Pilar Lozano. Y concluir reconociendo que nada sale de la nada, que todo tiene una semilla y un porqué.

Este libro es una contundente respuesta a quienes aseguraban, desde la cómoda ignorancia de quien no busca e investiga, que no existía una literatura infantil en

Colombia. Beatriz Helena Robledo ha congregado a sus más ilustres antecesores, a los escritores que a partir de los años treinta se empeñaron en renovarla y a las voces que, en la actualidad, la enriquecen. Leer el volumen es ir de sorpresa en sorpresa, agradecidos por tanta revelación desempolvada.

El prólogo convida a adentrarse en las páginas de la antología buscando vertientes que, desde temprano, se insinúan en la evolución nacional de este género: la recreación de la literatura de tradición popular, las historias de temática fantástica e imaginativa, los relatos que encuentran en el realismo y en la mirada crítica del entorno su razón de ser. De esa manera, resulta posible trazar un mapa, apreciar constantes, crecimientos y matices.



Decía, al principio de esta nota, que no existe una historia de la literatura infantil de Colombia. *Antología: Los mejores relatos infantiles*, con su revelador prólogo y su rigurosa selección de textos ordenados cronológicamente, la prefigura. Después de ejecutar un proyecto de esta magnitud, la autora tiene ante sí el reto de profundizar en sus indagaciones, de adelantar un levantamiento más minucioso de antecedentes meritorios en otras regiones del país y de darse a la tarea de contar una historia sumamente

interesante, que llevará implícita la transformación de los conceptos de infancia y de creación artística para la niñez.

ANTONIO ORLANDO
RODRÍGUEZ

1. Constituyen antecedentes el artículo de María Clemencia Venegas incluido en el número especial de la revista venezolana *Parapara* dedicado a la literatura infantil de América Latina (Caracas, Banco del Libro, 1984), y la ponencia "Literatura infantil colombiana: hilos para una historia", presentada por Beatriz Helena Robledo en el II Congreso Nacional de Lectura de Colombia y publicada en las Memorias de dicho evento (Bogotá, Fundalectura, 1995).

Pioneros del conocimiento de Colombia

Paul Rivet, estudioso del hombre americano

Antonio Orlando Rodríguez
Colciencias, Panamericana Editorial,
Bogotá, 1998, 63 págs., il.

Ezequiel Uricoechea, el niño que quería saberlo todo

Celso Román
Colciencias, Panamericana Editorial,
Bogotá, 1998, 75 págs., il.

Colciencias nos ofrece una necesaria y oportuna colección divulgativa, con el apoyo de Editorial Panamericana, orientada al público infantil y juvenil, sobre personajes colombianos, prioritariamente científicos. En la presente reseña nos ocuparemos de dos títulos que forman parte de tal colección: *Paul Rivet, estudioso del hombre americano* y *Ezequiel Uricoechea, el niño que quería saberlo todo*. Los dos libros, como todos los de la colección, tienen un texto investigado y escrito por un especialista en literatura infantil y juvenil, acompañado de viñetas e ilustraciones alusivas al escrito o a la ciencia dominada por el personaje.